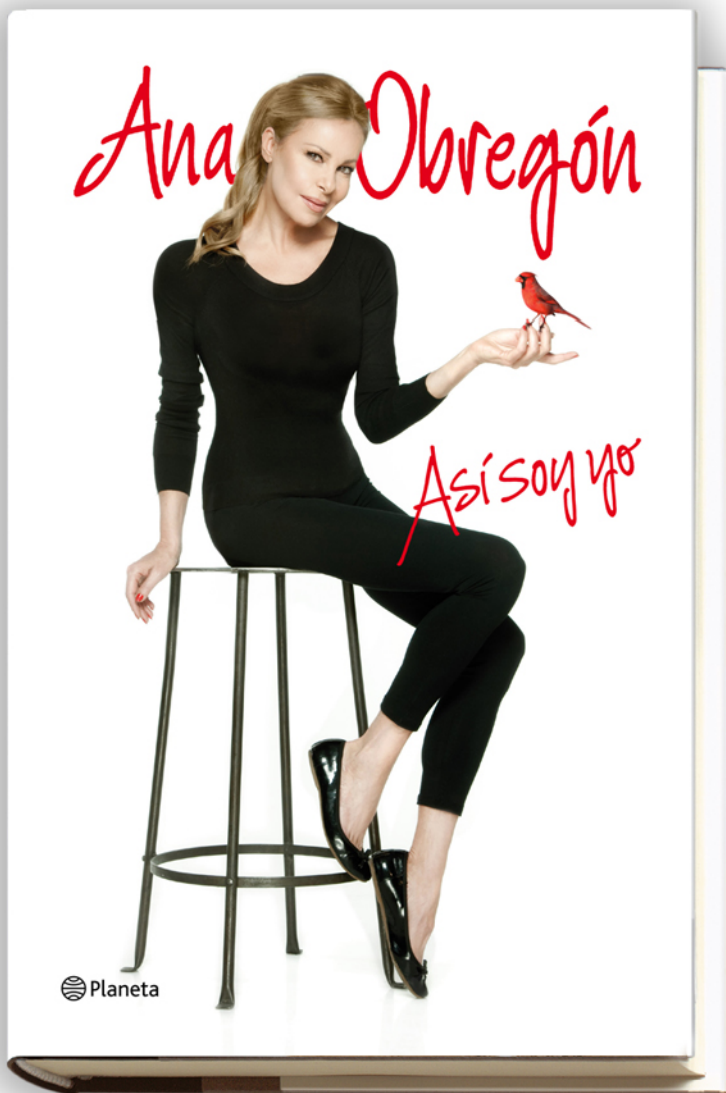


Fragmento

*Así soy yo*

Ana Obregón



ANA OBREGÓN

ASÍ SOY YO

*A mis padres,  
que me abrieron las puertas de la vida.  
Y a mi hijo,  
que le dio un significado.*

Todos ven lo que pareces.  
Pocos sienten lo que eres.



# Índice

1. Miami, 101 Collins Avenue	11
2. El primer posado del verano y el final del cuento de hadas	19
3. Miguel, Franco y una cabeza de gamba	31
4. Ranas, grises a caballo y castings	49
5. Primera ausencia, primer amor, primera película, primer adiós	65
6. Londres, o la importancia de cambiar un solomillo por el vestido rojo perfecto para una cita	81
7. El príncipe perdido que creyó que me amaba	99
8. Mi primer desfile, mi primer papel protagonista, mi primer autógrafo	105
9. Ojos azules, adioses amargos	117
10. Mi soledad compartida en Nueva York con los besos rojos, violetas y amarillos de Robert De Niro	129
11. Cómo ser famosa y no morir en el intento	169
12. Se busca actriz plana y con título universitario para convertirla en sex-symbol y protagonizar <i>Bolero</i>	177
13. Una española en Hollywood	189
14. De mi feliz cumpleaños en Bel Air a mi peor pesadilla, previo paso por comisaría	207
15. Julio, mi amigo del alma	229
16. La princesa que no fui	247

17. Fernando, mi paseo por el amor y la muerte	271
18. Por fin mamá gracias a un conde que no sé qué esconde	305
19. Mi adorado Berlanga, mi caballero Davor y mi metedura de pata con un presidente	333
20. Hay vida a partir de los cuarenta, sobre todo cuando Beckham vive al lado	351
21. Este cuento no se ha acabado	369
<i>Agradecimientos</i>	373

## CAPÍTULO I

# Miami, 101 Collins Avenue

*1 de marzo de 2011*

El avión despegó puntualmente rumbo a Miami y, como siempre, cierro los ojos mientras Madrid, envuelta en su contaminación, se va haciendo cada vez más pequeña. Vuelven a mi memoria a cámara rápida los miles de viajes que he hecho y todas las ciudades donde he vivido: Londres, Nueva York, Los Ángeles, Roma y París. Todas llevan dibujadas en sus calles las huellas de mis pisadas persiguiendo un sueño.

Miro por la ventanilla del avión y las nubes se convierten por arte de magia en rostros que amé, en ojos en los que me perdí, en cada boca que besé pensando que al hacerlo dejaba mi testamento escrito en ella. No sé por qué tienen que volver ahora a mi recuerdo cada uno de los hombres a los que regalé un trocito de mi corazón. Aunque he de ser justa, porque a cambio yo también he recibido maravillosos e inolvidables regalos de todos ellos. Me han dedicado goles, canastas, canciones y cuernos.

Hay solamente una Ana dentro de muchas Anas, pero la que bailó un vals con el príncipe de ojos azules heredero al trono de Montecarlo es la misma que salió con un stripper, porque, no importa cuántas Anas haya, a mi corazón nunca le importó el «quién eres» sino el «cómo eres».

A mi lado viaja mi hijo, mi amor convertido en 1,97 metros de altura. Estudia en silencio en su asiento y su estatura me recuerda que, aunque me resista, me voy haciendo mayor. La decisión que tomó Aless de estudiar en una universidad norteamericana, entre otras cosas para huir del circo que me rodea, ha sido tan dolorosa para mí como darme cuenta de que todo por lo que he luchado en la vida me ha separado de él.

Por eso, después de treinta años viviendo a una velocidad de vértigo he decidido parar, frenar en seco, aislarme de todo y de todos en mi retiro norteamericano para poder reencontrarme.

Ahora quiero desnudarme yo. Durante todo este tiempo lo han hecho otros por mí y en más ocasiones de las que quisiera en contra de mi voluntad, llenando portadas y horas de televisión en las que han hablado de una Ana que —y mira que hay muchas— no conozco. Cientos de veces he sentido que me arrancaban el corazón para diseccionarlo, analizarlo, juzgarlo y, lo que es peor, dictar posteriormente la más cruel de las sentencias. No tengo por qué hacerme la fuerte, he sufrido mucho y lo sigo haciendo cuando veo toda mi vida inventada capítulo tras capítulo por personas que ni siquiera conozco, sintiendo esa persecución constante de quienes me siguen cámara al hombro como si de una cacería humana se tratase.

Pero lo más doloroso de todo ha sido ver el daño que han causado a mi hijo desde que nació; le han robado su infancia en cada foto tomada sin nuestro permiso y ha tenido que verse obligado a defenderme en el colegio tras escuchar, reproducidas en boca de los niños, las sentencias sobre mi vida hechas



por algunos desalmados en televisión. Y, sobre todo, me han dolido las lágrimas de mi madre cuando me han atacado injustamente.

Ahora me toca a mí, necesito quitarme este disfraz de lentes que me han puesto porque me aprieta el alma. Vuelvo a vivir en Estados Unidos, como hace treinta años, pero esta vez para estar cerca de mi hijo, para reencontrarme y para contar de primera mano quién soy yo.

Cuando llegué por primera vez a Norteamérica, tantos años atrás, llevaba una maleta llena de sueños, un currículum inventado, dos pantalones vaqueros, el teléfono de Robert De Niro en Nueva York, la dirección de Steven Spielberg en Los Ángeles y el corazón roto por cortesía de Miguel Bosé. Ahora viajo con una maleta llena de mis amados diarios, muchísima ropa y solamente un sueño: que mi hijo sea feliz.

¿Cuándo dejé de soñar? ¿Quiénes me arrancaron las ilusiones? Creo que los «daños colaterales» que he sufrido durante tantos años por mi profesión han intentado matar cruelmente mi pasión por seguir siendo una soñadora. Pero no puedo dejar de ser Antoñita la Fantástica, como me llamaban mis hermanos cuando éramos pequeños y yo me encontraba enferma, tantos y tantos días en la cama imaginando un mundo maravilloso muy lejos de mi realidad de niña desahuciada. Me veo a mí misma contemplándolos desde la ventana de mi dormitorio, ellos jugaban en el enorme jardín de nuestra casa rebosantes de salud y vitalidad, y yo me consumía por culpa de una enfermedad que, con todo, jamás consiguió acabar con mis sueños y mis fantasías. La imaginación es el preestreno de nuestra vida y yo, cuando era una niña, soñé que nunca dejaría de soñar.

La voz del piloto anunciando que estamos a punto de aterrizar en Miami me hace volver a la realidad. Siempre que viajo con mi hijo rezo para que a nuestra llegada al aeropuerto no haya *paparazzi* y pueda despedirme tranquilamente de él, ya que mientras yo me quedo en Miami él prosigue su camino hacia su universidad en Carolina del Norte.

Pero hacer miles de kilómetros buscando un poquito de intimidad no sirve para nada. Cuando salimos del avión hay un circo de cámaras esperándonos y yo, al ver la cara de desesperación de Aless ante tanto objetivo, siento que se me parte el corazón. Apenas tuvimos tiempo, cegados por los flashes nos despedimos brevemente y él salió corriendo con sus maletas para coger otro vuelo. Cuando le vi alejarse me di cuenta de que, con tanto alboroto, ni siquiera habíamos podido darnos un beso de despedida, y ésta no era una despedida cualquiera, como cuando era pequeño y le dejaba en el cole. Esta vez se iba de casa por primera vez y por mucho tiempo. Noté que las puñeteras lágrimas querían salir sin pedir permiso, pero las tengo bien acostumbradas a quedarse dentro mientras me acribillan los flashes o me graban. Algún beneficio habían de tener tantos años de exposición: me han enseñado a llorar hacia adentro.

Llego a casa.

Mi apartamento está en el piso veintitrés de un lujoso edificio de South Beach, al borde de la playa. Es totalmente blanco y parece que estoy viviendo en una nube de algodón rodeada de un océano azul turquesa.

Nada que ver con el apartamento que alquilé en Los Ángeles, en Sunset Boulevard, cuando tenía veintipocos años.

También debían de ser veintipocos los metros cuadrados que tenía, con una sola ventana que daba a un parking donde todas las noches no cesaban de saltar las alarmas y por la que entraba —no había manera de cerrarla herméticamente, la maldita ventana— el olor a comida china del restaurante de al lado. Mi exclusiva compañía en aquellos días eran unas cucarachas a las que puse nombre y todo: *Elisa* y *Eloísa*. Lo del nombre se me ocurrió por pura necesidad: algo tenía que hacer para familiarizarme con ellas en vista de que parecían firmemente decididas a quedarse conmigo una larga temporada. Qué remedio, no había forma humana de cargárselas.

Ahora recuerdo esa soledad y mirando atrás comprendo que se trata de un sentimiento que me acompañó toda mi vida hasta el momento del nacimiento de mi hijo. Ese mismo día la encerré en un cajón y ahí ha permanecido atrapada hasta que Aless se fue de casa para estudiar. Lejos, demasiado lejos. Quizá esa soledad haya sido mi amor más duradero, puede incluso que sea eterno. Lo cierto es que he flirteado con ella toda la vida, a pesar de estar siempre rodeada de miles de personas que siempre querían algo de mí, con sus constantes llamadas, invitaciones y persecuciones.

En Miami está ya anocheciendo, desde mi terraza aún puedo divisar si miro hacia el sur la interminable playa de arena blanca de South Beach, ya desierta, y si miro hacia el norte los infinitos rascacielos que hasta el *downtown* surcan el cielo encendiendo progresivamente un arcoíris de lucecitas rojas, verdes, azules y amarillas. El cielo, que hace un instante era de un azul intenso, se ha teñido de gris.

Muy lejos, en España, mi familia estará durmiendo, y a sólo una hora de avión de Miami mi hijo estará probablemente estudiando en su universidad mientras yo, aquí, sentada

con una camiseta y unos shorts vaqueros, sigo enredando recuerdos.

Madrid, con el nido que construí para mi hijo ya vacío, me ahogaba, y me consuela saber que al menos estando aquí, más cerca de él, podré verle cada fin de semana. Mi vida fue siempre una carrera vertiginosa y cuando él nació no se detuvo; continuaron las grabaciones, rodajes, ruedas de prensa, papillas, biberones, escándalos injustificados, persecuciones, máximas audiencias, éxitos y fracasos. Si a eso le añades mi corazón, ingresado varias veces en la UVI, entenderéis por qué necesitaba tanto esta paz.

Y, aun así, este silencio interrumpido solamente por las olas me ahoga un poco, pero sonrío, porque siento estar pagando una deuda que tenía con los demás y, sobre todo, conmigo misma. Estoy a punto de desnudar mi alma y descubro que no es nada fácil. No es como un posado en triquini para anunciar la llegada del verano, lo que voy a hacer es un posado del alma. O, más bien, de mi historia y mi pasado, porque de mi corazón prefiero no hablar. Sigue convaleciente, se durmió en algún momento hace casi dos años y no permito que nadie lo despierte, no me preguntéis por qué.

Mis veintiocho diarios, todos y cada uno desde que empecé a escribir a los doce años, me tientan desde la maleta que aún no he abierto. ¿Quién me iba a decir que muchos años más tarde acabaría compartiéndolos con los lectores de este libro? Escribir es una bonita forma de borrar recuerdos de la memoria para dejarlos descansando para siempre en un papel. Pero ahora me toca rebuscar en esos recuerdos, despertarlos, bucear en ellos... Y me da miedo. El tiempo es un filtro maravilloso que transforma los momentos vividos en imágenes falseadas a nuestro antojo, y yo voy a confrontarlos con la realidad.

Lo que acabamos de hacer se convierte al instante en un recuerdo y pasa a formar parte de la memoria, de la imaginación, de los sueños y de la fantasía. Todo lo que logramos definir como real es sólo un momento infinitesimal del presente que ya ha pasado en cuanto queremos pensar en él.

Gracias a los mil billones de interconexiones sinápticas entre los cien mil millones de neuronas que hay en nuestro cerebro podemos almacenar recuerdos, pero todos están tamizados por el filtro de las esperanzas y deseos de cada uno. Yo, en cambio, tengo la inmensa suerte de tener todos esos momentos reflejados no sólo en mi memoria sino también en un papel, y por primera vez voy a leerlos, a asistir al estreno de la película de mi vida, secuencia por secuencia.

Un estreno al que todos estáis invitados.